

## **El espíritu de Armenia**

Escribo hoy estas palabras desde Estambul, justo antes de preparar el ensayo de las músicas del concierto *El espíritu de Armenia*, que interpretaremos con otros músicos armenios y turcos para recordar las víctimas de los trágicos hechos que comenzaron el 24 de abril de 1915.

Recordemos algunas cifras y algunos hechos: unos meses antes, a finales de 1914, la población armenia del Imperio otomano ascendía, según el patriarcado armenio, a unos dos millones de habitantes; hoy, en Turquía, sólo quedan unos 60.000 armenios. De las dos mil quinientas iglesias y los cuatrocientos monasterios armenios sólo han sobrevivido cuarenta iglesias, treinta y cuatro de las cuales en Estambul. Esa ciudad, con una población mayoritariamente cristiana en 1914, fue el único lugar de Turquía donde griegos y armenios pudieron seguir viviendo. Sin embargo, no tardaron en verse sometidos también ahí a una devastadora violencia de Estado y muchos de ellos, junto con la mayoría de los vivían en las demás zonas del país, fueron deportados, asesinados, torturados, degollados y ahorcados a la sombra de un conflicto mayor, con lo que se convirtieron en las víctimas del primer genocidio del siglo XX.

Conmemorar hoy dicho centenario no significa únicamente recordar esos hechos y esas víctimas. Sirve también para revelarnos muchas cosas relacionadas con los vivos, y arroja una luz muy poco favorecedora sobre la civilización moderna y sobre algunos de sus fracasos: no sólo no se ha hecho justicia a las víctimas, sino que además se ha tolerado un siglo de negación del crimen por parte de Turquía, y al mismo tiempo hemos aceptado la indiferencia de los observadores. Si el olvido y la negación persisten, será como volver a dejar morir por segunda vez a todas aquellas víctimas.

1915-2015: por desgracia, son pocas las cosas que han cambiado... La hostilidad hacia los armenios continúa cien años después y provoca nuevas devastaciones: bloqueo de los acuerdos y negativa a ratificar los protocolos firmados en el 2009 para la normalización de las relaciones entre Turquía y Armenia, ataques a la ciudad armenia de Kesab en Siria, destrucción del memorial de la ciudad siria de Deirez Zor, el único monumento dedicado a las víctimas del genocidio (dinamitado el 18 de septiembre del 2014), etcétera.

Por fortuna, también hay señales positivas: un 36 por ciento de los turcos de 18 a 26 años parecen mostrarse favorables a un reconocimiento del genocidio armenio. Parece también que después de unas cuantas décadas de silencio la Turquía moderna empieza a recuperar la memoria de los armenios. Es algo que sucede gracias al trabajo de un puñado de hombres y mujeres valientes, como Ragip Zarakulo (defensor de los derechos humanos y editor) y de su mujer; y, sobre todo, gracias al periodista turcoarmenio Hrant Dink (asesinado a las puertas de su diario en el 2007), quien llamó la atención de la población turca sobre la cuestión armenia con palabras sencillas: “Había un pueblo llamado los armenios que vivía en estas tierras y ya no está aquí. ¿Qué fue de ellos?”. Hay que proseguir estas labores en favor de una toma de conciencia mayor y definitiva sobre esta cuestión con el fin de llegar a “un reconocimiento liberador de la historia del Genocidio armenio”.

Nosotros los recordaremos mediante su música, porque la música actúa como un verdadero bálsamo, ya sea sensual o espiritual, y porque llega al alma de los hombres y sabe curar todas sus heridas y sus dolores. Grandes músicos armenios como Tigran Chukhacheán (1837-1898) y el célebre Komitas (1869-1935), quien sistemática y escrupulosamente recopiló, publicó y salvó muchas canciones y melodías anónimas del patrimonio antiguo, serán interpretados con toda la belleza y la emoción de la música armenia. Convencidos de que sin Emoción no hay Memoria, sin Memoria no hay Justicia, sin Justicia no hay Civilización y sin Civilización los seres humanos carecemos de futuro.

**JORDI SAVALL**

**Estambul, 22 abril 2015**

Traducción: Juan Gabriel López Guix